

ROMANCERO ESPAÑOL

COLECCION

DE

ROMANCES HISTÓRICOS Y TRADICIONALES,

ESCRITOS POR LOS SEÑORES

BOCCHERINI, CABIEDES, CASTILLO Y SORIANO,
CLARK, LARRAZA,
MUÑOZ Y RUIZ, NAVARRO Y GONZALVO, OSSORIO Y BERNARD,
VERA Y OTROS.



MADRID, 1873.

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA.

Carretas, 9.

LA VIDA ES SUEÑO,

COMEDIA DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Texto cotejado con el de las mejores ediciones, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, con la biografía del autor, por D. Cayetano Alberto de la Barrera.

Preciosa edición de lujo y la mas correcta de las publicadas, con un excelente retrato de Calderon. Un tomo en 8.º mayor, 8 rs. Provincias 9.

La Araucana, de D. Alonso de Ercilla, con un prólogo é ilustraciones de D. Antonio Ferrer del Rio; 2 tomos, 30 reales. Provincias 36.

Farsas y Eglogas de Lúcas Fernandez, con un prólogo é ilustraciones de D. M. Cañete; 1 tomo 12 rs. Provincias 15.

Comedias escogidas de D. Juan Ruiz de Alarcon, con un prólogo y juicio crítico de ellas, por D. Isaac Nuñez Arenas; 3 tomos, 36 rs. Provincias 44.

Comedias escogidas de Calderon, con un prólogo y juicio crítico de las mismas, por D. Patricio de la Escosura; 2 tomos, 24 rs. Provincias 30.

Obras poéticas de D. Juan Nicasio Gallego; 1 tomo en 8.º mayor, 20 rs. Provincias 24.

Obras poéticas del Duque de Frias; 1 tomo en 4.º mayor, 40 rs. Provincias 46.

Obras literarias de Martínez de la Rosa; 6 t. en 8.º mayor rústica, 130 rs. Prov. 142.

Obras de Larra; 4 tomos 4.º rústica, 50 rs. Provincias 62.

Obras de Hartzenbusch. Edición alemana dirigida por el autor, con su biografía y retrato; 2 tomos 8.º rústica, 30 rs. Provincias 36.

Lecciones de Literatura por D. Alberto Lista; 2 tomos 4.º rústica, 32 rs. Provincias 38.

Poética de Martínez de la Rosa; 1 tomo 8.º rústica, 20 rs. Provincias 24.

Poesías de Plácido; 1 tomo 8.º mayor tela, 28 rs. Provincias 32.

— de Espronceda; 1 tomo 8.º mayor rústica, 16 rs. Provincias 18.

— de Rubí; 1 tomo 8.º mayor rústica, 10 rs. Provincias 12.

— de Zorilla; 2 tomos 4.º rústica, 40 rs. Provincias 48.

— de D. Bernardo Lopez García; 1 tomo 4.º rústica, 28 rs. Provincias 32.

— de la América Meridional; 1 tomo 8.º mayor rústica, 15 rs. Provincias 18.

Tres flores del teatro antiguo español, con apuntes críticos y biográficos; 1 tomo 8.º mayor rústica, 15 rs. Provincias 18.

Novísimo Diccionario de la Rima, por Landa; 1 tomo 4.º rústica, 32 rs. Provincias 36.

Flores del siglo, ó album de poesías selectas castellanas, coleccionadas por Castillo; 1 tomo 8.º tela, 16 rs. Provincias 18.

Sarmenticidio, ó á mal sarmiento buena podadera, por Villergas; 1 tomo 8.º tela, 12 reales. Provincias 14.

Composiciones jocosas en prosa, de los mejores autores españoles; 1 tomo 8.º rústica, 15 rs. Provincias 18.

Romancero del Cid: nueva edición añadida y reformada sobre las antiguas; 1 tomo 8.º rústica, 15 rs. Provincias 18.

El cancionero de Juan Alfonso de Baena; 2 tomos 8.º rústica, 48 rs. Provincias 54.

Amalia, novela por Marmol; 2 tomos 8.º rústica, 30 rs. Provincias 36.

Almas (las) enamoradas. Leyenda en verso por D. José Zorrilla Segunda edición; 1 tomo 10 rs. Provincias 12.

Curso de declamacion ó arte dramático, por D. J. Bastús. Tercera edición; 1 tomo 24 reales. Provincias 26.

Matrimonio, adulterio, divorcio, por Dumas (hijo); E. de Girardin; una escritora anónima y V. Guimerá; 2 tomos, 20 rs. Provincias 26.

Recuerdos de Andalucía; coleccion de romances, por D. J. de Olona; 1 t. 6 rs. Prov. 7.

Trovadors nous (los). Collecció de poesías catalanas de autors contemporáneos, escullidas per A. Bofarull; 1 tomo 24 rs. Provincias 28.

Trovadors moderns (los). Collecció de poesías catalanas, compostas per ingenis contemporáneos; 1 tomo 15 rs. Provincias 18.

Se hallan de venta en Madrid, librería de CUESTA, calle de Carretas, número 9.

A-1235
1951

MARIANO CARRA

R
36295
6070

ROMANCERO ESPAÑOL

COLECCION

DE ROMANCES HISTÓRICOS Y TRADICIONALES

ESCRITOS POR LOS SEÑORES

BOCCHERINI, CABIEDES, CASTILLO Y SORIANO,
CLARK, LARRAZA, MUÑOZ Y RUIZ, NAVARRO Y GONZALVO,
OSSORIO Y BERNARD, VERA, Y OTROS



MADRID

1875

IMPRESA DE J. NOGUERA, Á CARGO DE M. MARTINEZ, BORDADORES, 7

Depósito central: Librería de Cuesta, Carretas, 9

1870-73-



Es propiedad.

PALAU, n° 276.960 - -

À NUESTROS LECTORES

Tres años ó poco más hace que nos agrupamos varios amigos con el propósito de consagrar algunas veladas á recreos artísticos y literarios.

Teniamos el corazon dolorido por las desgracias de la patria. Teniamos abrumada la inteligencia bajo la presion candente de los comentarios políticos, que rara vez se interrumpen en el ahumado recinto de los cafés. Teniamos sed de paz, sed de alegría, sed de sentimientos puros, tranquilos y elevados.

Las artes y las letras vertieron en nuestras almas el bálamo de sus consuelos; nos acariciaron con sus dulcísimos encantos, y nos adormecieron al arrullo de sus fantásticas inspiraciones.

Y sin embargo, ¿es verdadera dicha la que disfrutamos solos? ¿Es tan infecunda, es tan pobre, es tan egoista el alma humana, que puede vivir un instante solamente para sí? ¿Es tan impotente el cierzo revolucionario que no encuentre un resquicio por donde penetrar en la estancia mas cuidadosamente cerrada? No.

Tan pronto como se dibujó en nuestra alma una concepcion poética quiso escaparse del recinto donde pretendiamos aprisionarla, quiso revestir el atavío nacional, ornarse con las glorias patrias, y llegar hasta *el pueblo*, hasta ese pobre pueblo, cuyo amor es para todos una necesidad, y cuyo servicio es un problema insoluble, un verdadero logogrifo, si se apaga la antorcha de la fé, si se vela el cielo de la esperanza y se rompen los lazos de la caridad.

Escribamos para el pueblo, dijimos; recordemosle su historia y sus tradiciones para que se goce en ellas como se goza el anciano en los dulces recuerdos de su juventud. Despertemos en él todo el entusiasmo de sus mas santas empresas para que

sienta robustez en su corazón. Luchemos contra esas torpes apologías del crimen, y contra esas mal rimadas aberraciones de la fantasía, con que tan frecuentemente se le emponzoña.

He aquí la historia de nuestro trabajo, de nuestros sacrificios, de nuestras aspiraciones; he aquí, en fin, la historia de nuestro *Romancero Español*.

Si hemos cumplido bien nuestro propósito, no hemos de juzgarlo nosotros. Hemos hecho un libro. ¿Quién estará destinado á fijar definitivamente su crítica?

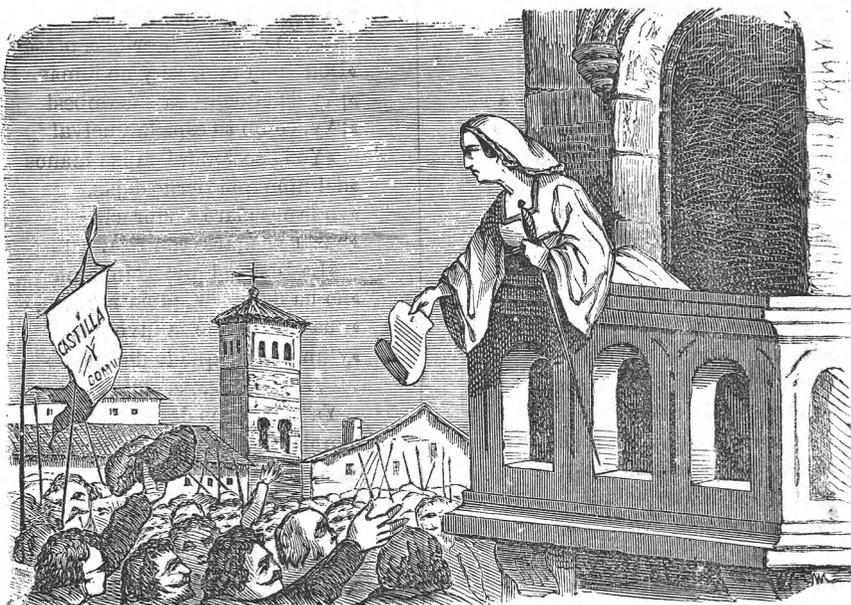
No esperamos aplausos, que no pueden producir las manos ocupadas por el fusil, y ennegrecidas por la pólvora.

No ambicionamos gloria. ¿Puede alcanzarla el ciego que canta en la plaza pública, mientras que en torno suyo la piqueta allana los palacios y devora las fábricas el incendio?

No esperamos lucro, porque cuando afanosamente se busca pan, nadie se para á comprar versos.

¿Qué esperamos? ¿Qué hacemos? ¿Qué ambicionamos?

Para nosotros nada. Para nuestros lectores hemos hecho un libro modesto, que no encierra la pretension de conmover los cimientos de las sociedades, ni de regenerar un pueblo; pero un libro que puede permitir á su espíritu un instante de reposo entre los recuerdos de ayer y los sinsabores de hoy, que no matará su fé, ni ahogará sus esperanzas, un libro, en fin, que podrán hojear en sus hogares, sin lastimar el pudor de sus esposas y sin menoscabar la inocencia de sus hijos.



La esposa de Padilla.

I.

El viento pasa rizando
los pliegues de las banderas,
que dóciles al impulso
del trémulo soplo ondean.

En las bruñidas corazas
y penachudas cimeras,
el sol con giros fugaces
arroyos de luz destella.

En pompa y alarde rico,
fuerte en número y grandeza,
un bravo ejército luce
su vigorosa impaciencia.

La dura cota enmallada,
mas que cobarde defensa,
parece estar conteniendo
del pecho airado la fuerza.

Pecho, que no de temores,
sino de arrogancia tiembla,
que le amenaza la muerte,
pero la gloria le alienta.

.....Allá en la apartada estancia,
á donde confuso llega
el animoso murmullo
que entre las filas fermenta,

Sobre su seno, un guerrero
con dulce efusion estrecha
una esposa á quien adora,
un hijo de edad muy tierna.

Ciñéndose está la espada,
que su hermosa le presenta;
y en los brazos y en los ojos
tienen el alma y la lengua.

Ambos, pálido el semblante,
mústias sonrisas esfuerzan,
hincha los párpados tristes

llanto de amor y de ausencia.

Ya alza el blasonado escudo,
ya perezoso comienza
su marcha, y dice volviendo
entre el dolor que le aqueja:

—«Dadme otro abrazo, señora.»

—«El alma, don Juan, te diera.»

—«A recogerla en tus labios
»plegue á los cielos que vuelva.

«Adios María, adios hijo,
»adios de mi vida prendas,
»como esposo y padre os llora
»quien como valiente os deja.

«Ved de mis huestes que suben
»del Tajo por las riberas,
»mas brillantes las corazas
»que el oro de sus arenas.

»Así en la justa demanda
»á rescatar la honra nuestra,
»por si es poco la justicia,
»van la justicia y la fuerza.

»Que es la libertad, señora,
»aura de tan pura esencia,
»que quien una vez la aspira,
»no puede vivir sin ella.»

—«Sí, sí, parte, esposo mio;
»noble tú, santa la empresa,
»del mártir pueblo que gime,
»sois la esperanza y la estrella.

»Mi llanto, ¿qué importa un llanto
»que sus bendiciones secan?
»¡y tú vendrás á enjugarlo
»con laureles, con ternezas!»

—«¡Caballeros, al combate,
»al combate! presto hieran
»el aire de estas comarcas,
»los bronces de mis trompetas.

»Si en el azár del combate,
»Dios su proteccion nos niega,
»morir honrado, señora,
»sobre mis armas me resta.

»Tal vez, mi pobre cadáver
»envuelto en rotas banderas,
»sobre sus hombros mis fieles
»conduzcan á tu presencia.

»¡Dios y María! del muerto
»serán las frases postreras;
»¡Dios y tú! Luego que en llanto
»bañes mi amante cabeza,

»Muéstrame al pueblo esforzada,

»muéstrame, que el pueblo sepa
»que dió Padilla su vida
»en pago de su promesa.»

—«¿Qué hados horribles presagias?

»Don Juan mio, vé y no temas.

»¡Ay de ellos, si tú sucumbes!

»¡Ay, como tu espada vuelva!

»Yo la sostendré en las manos
»del niño que tierno dejas,
»yo le enseñaré á vibrarla
»hasta vengarte con ella.

»La libertad que te inflama
»no ha de morir, mientras tenga
»una mujer que la invoque,
»y un pueblo que la defienda.»

.....

Ya al compás de los clarines
temblando al choque la tierra,
escuadrones belicosos
en pompa marcial se alejan.

Míralos partir la gente
que apiñada victorea,
con votos los acompañan
los que con armas no puedan.

Aquí mil brazos se agitan,
allí mil lienzos ondean,
y en revueltos torbellinos
un mar viviente semejan.....

.....Y entre los negros pilares,
rodando van por la iglesia
dos ecos de dos murmullos
que uno llora y otro reza.

Y en las tristes soledades
finjen palabras y quejas,
como suspiros que silvan
entre las tumbas de piedra.

—«¡Hijo! repiten las bóvedas,
»pide tú, que al cielo llegan
»las miradas de los ángeles,
»la oracion de la inocencia.

»Dios tambien tuvo una madre;
»dile que te oiga por ella,
»dile que sirva este llanto
»de escudo al que está en la guerra.

»¡Ay!..... no digas que me has visto
»de rodillas, porque vuelva
»vivo y amante á mis brazos
»aunque no luche ni vengza.»

II.

LA VIUDA.

Gime la imperial Toledo
rudamente conmovida;
gentes de guerra la asedian,
gentes de guerra la auxilian.

El prior de San Juan, lucha
desesperando rendirla,
que pide su heroica gente
muerte, pero no mancilla.

El obispo de Zamora
señor de hueste aguerrida,
con la Cruz y con la espada
á los toledanos guia.

Y hay entre el fuego unos ojos
de una valiente heroína
que mueven los corazones
como el viento las espigas.

Triste, nebuloso el cielo,
agostada la campiña,
donde los ojos se tienden
tropezan con sangre y ruinas.

Tras de un cansado guerrero,
de honor cubierto y de heridas,
la muchedumbre impaciente
en ronco vaiven se apiña.

Pidiéndole con los ojos
de su esperanza noticias,
ansioso por escucharlas,
temblando, empero, el oír las.

El sube á un guardado alcázar,
la noble faz contraída,
y en una estancia penetra
y ante una mujer se inclina.

Pálida está como el hielo;
pero á su presencia digna,
descubriendo honradas canas
y doblando una rodilla:

—«Dadme licencia, señora,
»comienza el triste guerrero,
»para besar vuestras plantas,
»si tanta dicha merezco.»

—«Alzad; con afable rostro
»respóndele, alzad del suelo,
»y presto decid qué nuevas,
»que tristes me las dá el pecho.»

—«Comprendidos nuestros males,

»y vuestro valor dispuesto,
»permitid que por injustos
»los acusen mis acentos.

»A veces, para probarlos,
»Dios desampara á los buenos;
»pero su causa, que es justa,
»mantiene sobre los tiempos.

»Negro el corazón de luto,
»negro de ira el pensamiento,
»vengo desde Villalar,
»y yo no sé como vengo,

»Que en el penoso camino
»matáranme los recuerdos,
»á no dar fuerzas al alma
»con la esperanza de veros.

»¡Villalar! ¡funesta tumba
»de la libertad del reino!
»el lodo hasta las rodillas,
»el agua en el rostro hiriendo.

»Pelemos contra el de Haro,
»contra torrentes y vientos,
»contra injusticias de propios,
»contra rapiñas de agenos.

»Sangrienta lucha, señora,
»fué aquella lucha, el infierno
»es imposible que abarque
»mas horrores en su seno.

»¡Oh, la esposa de Padilla!
»ya no hay patria, ya no hay fueros,
»la ambicion levantó un trono
»sobre cadáveres nuestros.

»Pelear contra los hombres
»sabe vuestro esposo hacerlo;
»pero si el cielo acomete,
»¿quien es fuerte contra el cielo?

»Yo ví aquel brazo robusto
»después de roto su ejército,
»empuñar la enorme lanza
»como un huracan de hierro.

»Vile romper denodado
»de escuadrones por en medio,
»á cada lanzada un grito,
»pero á cada grito un muerto.

»Ví al vizconde de Valduerna
»botar de la silla al suelo;
»mas ví tambien aquel héroe.....
»¡jamás alcanzára verlo!

»De sangre y lanzas cercado,
»falto de escudo y de aliento,
»y..... cuando acaban las fuerzas

»no pide mas el denuedo.

»Esta espada y este escrito
»os manda en su lance extremo,
»y permitid que mis ojos
»acaben..... ¡que yo no puedo!»

Y el pergamino y la espada
recibió heróica y altiva,
sin que la temblara el pulso,
sin nublársele la vista.

Dos lágrimas y dos labios
en silenciosa agonía,
cayeron como hojas muertas
sobre las santas reliquias.

—«Gracias,» dice, y asomando
á donde el pueblo se agita,
arrójale el pergamino,
y aréngale de esta guisa.

—«¡Mi heróico pueblo, mi amparo,
»ahí va la sentencia inicua!
»¡ahí vá! ¡leedla!..... ¡ya ha muerto!
»¡tambien ha muerto Castilla!»

—»¡Sus, por la viuda del héroe!
»¡guerra!» por do quiera gritan,
y el eco vuelve á los valles
estruendo de armas batidas.

—«Pues bien, guerra, mis valientes,
»¡guerra! esclama convulsiva,
»he aquí su espada, esta espada
»que roja en sangre me envia.

»Yo la esgrimiré en su nombre,
»yo iré en su nombre á la liza,
»y brillará como un tiempo
»la primera en vuestras filas.

»Yo vestiré rudas armas,
»yo guiaré al que desanima,
»¡y el grito de mis legiones
»será el de la muerte misma!

»Espire el mártir, espire
»con alma noble y tranquila,
»¡qué aun resta un pueblo, una viuda
»y un hijo, todos Padillas!»

J. C.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1870.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA
Rollo, 6, bajo.



La calle de la Cabeza.

ROMANCE TRADICIONAL.

I.

Confuso tropel de gentes
de una habitación modesta,
como viviente hormiguero,
la humilde entrada rodea.

A un mismo tiempo hablan todos,
todos un crimen comentan,
y vuelan los pensamientos
en conjeturas diversas.

Quién dice, que á media noche
pasos sintió en la escalera,
y al mismo tiempo el sonido
de un cuerpo que forcejea;

Que oyó enormes cuchilladas,
abrir y cerrar las puertas,
y hasta una legion de brujas
aullando como las fieras.

Quién asegura, que solo
de un sacerdote las penas,
dieron origen al caso
tan triste que se lamenta.

Y quién, juzgando herejía
tamaño opinion, condena
á un criado de confianza
que se largó con su hacienda.

Y como nunca de chuscos
la muchedumbre escasea,
que siempre arrastran los vientos

semillas malas y buenas,

Entre los que así discurren
no falta quien, por su cuenta,
saque unos catorce muertos,
sin incluir á una muerta.

Porque para él las mujeres
que á los cincuenta se acercan,
no son personas mayores,
que son solamente viejas.

Pero, dejando que piense
cada cual á su manera,
subamos al aposento
con el alcalde, que llega.

Y, pues, ansioso te miro
de adivinar la ocurrencia,
y eres, lector, mas curioso
que dama de una comedia,

Mientras entiende el juzgado
en tan confusa materia,
y búscase al delincuente,
y el delincuente se aleja,

Y habla Madrid unos dias
de la aventura funesta,
y del proceso resulta
la oscuridad mas completa,

Oye el relato, que, luego
por el misterio que encierra,
dió nombre á la que hoy se llama
la Calle de la Cabeza.

II.

Delante de un crucifijo,
de la religion enseña,
con ambos ojos en él,
y ambas rodillas en tierra,

Rezando está un sacerdote
sus oraciones postreras
para entregarse al descanso
de cotidianas tareas.

Y aunque su trage es sencillo,
y sencilla su vivienda,
guarda un caudal de virtudes,
y otro caudal de monedas.

Y diz que un sirviente suyo,
segun las crónicas cuentan,

entre ambiciones bastardas,
alimentaba una idea.

Mas nunca el labio imprudente
dejó escapar ni una queja,
que demostrara los sueños
de su mezquina existencia.

Así el sacerdote humilde,
con espresiones sinceras,
le guarda siempre un elogio
por su conducta y sus prendas.

Y, como flor que su aroma
al blando céfiro presta,
prestó sus hondos secretos
á la fingida inocencia.

Distintas veces el oro
miró el sirviente de cerca,
y tanto el brillo cególe,
que le obligó á andar á ciegas.

Por eso tras la cortina,
que aquel aposento cierra,
del sacerdote piadoso
los movimientos observa.

¡Ya le ve alzarse!... Hacia el lecho
dirige su planta trémula,
la blanda paz del espíritu
llevando en su rostro impresa.

Y en tanto que sus miradas
con las del sueño se encuentran,
el corazon del malvado
llamando está á su conciencia.

¡Mas qué importa! Si aun es tiempo
de retroceder, es mengua
que el que una empresa concibe,
jamás termine su empresa.

Ya el sueño tendió sus alas;
ya todo en silencio queda;
un paso mas.... Nadie mira...
nadie sus planes acecha.

El porvenir será suyo,
y pronto en estraña tierra
podrá gozar del tesoro
que su delirio alimenta.

Así creciendo su audacia
con encontradas ideas,
alza la cortina: en torno
del lecho sus ojos ruedan....

¡Duerme!... la acerada punta
entre sus dedos aprieta,
y á cada paso que avanza,
vuelve hácia atrás la cabeza.

Llega por fin; breve instante
al sacerdote contempla;
mas de repente abrumado
por la ambicion que le aqueja,

Con un movimiento brusco
sacude atrás la melena,
se arroja sobre su víctima,
la voz en sus labios sella,

Y, como flor deshojada
por la furiosa tormenta,
del cuerpo cae desprendida
la venerable cabeza.

Llega al arca; presuroso
recoje el dinero; cierra;
y al alejarse, en su huida,
vuelve la vista y contempla,

Que á cada paso que avanza
le van siguiendo sus huellas
los ojos del crucifijo,
y el grito de su conciencia.

III.

Corrieron algunos años
y en brazos de la pereza,
después de muchas hablillas,
quedó la triste ocurrencia.

Tal comprendió el asesino,
cuando á la córte de vuelta,
dejando el extraño suelo
de Portugal, se presenta.

Y de señor disfrazado,
sin aparente cautela,
el héroe de nuestra historia
gozaba de la opulencia.

Mas como la mona es mona
aunque se vista de seda,
y suele saltar la liebre
en donde menos se piensa,

En pleno Rastro una tarde
compró la humilde cabeza
de un carnerillo, olvidando
su nuevo traje y esfera.

Prestóle abrigo su capa
para ocultarla con ella,
y sin escrúpulo alguno

se encaminó á su vivienda.

Nadie al mirarle el semblante
á un asesino advirtiera,
que á veces mienten los ojos
con mas valor que la lengua.

Y tanto de aquellos sitios
la animacion le recrea,
que no repara en la sangre,
que va vertiendo en la tierra.

Solo un alguacil lo mira,
le corta el paso, y se acerca,
y entre los dos de esta suerte
un diálogo se atraviesa.

—¿Qué bulto es ese?

—¿Qué bulto?

—El que ocultais.

—Por mi abuela

que la pregunta es donosa,
y bien merece respuesta.

Y descubriendo el embozo
con magestad madrileña,
estiede el brazo; mas luego,
su mano á la frente lleva....

—¡Castigo del cielo! esclama,
y con satánica fuerza
arroja al suelo de un hombre
la ensangrentada cabeza.

¡Soy un asesino! grita.
¡Justicia de Dios es esta!
¡Mis propias manos me venden!
¡Clemencia, Señor, clemencia!

Y en medio á la muchedumbre,
que furibunda le asedia,
la eterna mansion del crimen
de nuevo se le presenta.

Y en vano quiere ocultarse
de dos testigos que hielan:
los ojos de un crucifijo,
y el grito de su conciencia.

IV.

En derredor de un tablado,
donde una víctima espera,
con resignacion sagrada,
de la justicia la fuerza.